purificado; me lavaréis y quedaré más blanco que la nieve. Apartad vuestro rostro de mis culpas y perdonad mis pecados. Cread en mí, oh Dios, un corazón puro, y renovad en mis entrañas el espíritu de rectitud„ (1). Mi buen Jesús, sed Vos toda mi riqueza y desprendedme del amor á los bienes de la tierra, y nada quiera ni busque fuera de Vos, en quien están todos mis bienes. Finalmente, amadísimo Señor, haced que mi corazón descanse siempre en vuestro seno, para decir con verdad estas palabras del Rey-Profeta: "Dormiré en paz y descansaré en tus promesas, porque Tú, oh Señor, sólo Tú has asegurado mi esperanza„ (2). Sed Vos, Corazón amabilísimo, principio de mis obras, centro de todos mis amores y término de todos mis deseos.

(1) Psalm., L.
(2) Psalm., IV, 9-10.

CAPÍTULO IX

Nuevos frutos del árbol de la vida.

I

Todavía podemos descansar unos instantes bajo la sombra del árbol de la vida; aún tiene el buen Jesús frutos de vida eterna con qué regalarnos. Nosotros, en verdad, debiéramos decirle como la Esposa: "Venga mi Amado á su huerto y coma del fruto de sus manzanos„ (1); mas ¿en dónde están los frutos de las virtudes que hemos recogido durante la vida cristiana, que ofrecer pudiéramos á nuestro amado Señor? Esto nos humilla y confunde en gran manera; y sin embargo, no queremos que la tristeza nos haga desfallecer; pues no ignoramos que la paciencia de Jesús es muy grande, y su bondad infinita y sus misericordias son sin número. Acordémo-

(1) Cant., V, 1.

nos de la siguiente parábola que hallamos en el Evangelio: "Un hombre—dijo Jesús—tenía una higuera en su viña, y se acercó á ella en busca de fruto y no lo halló; por lo que dijo al viñador:—Hace tres años seguidos que vengo á buscar fruto en esta higuera y no lo hallo: córtala; ¿para qué ha de ocupar terreno en valde? Pero él respondió:—Señor, déjala todavía este año, y cavaré alrededor de ella, y le echaré estiércol, á ver si así da fruto, y si así no fuere, la harás cortar„ (1). Si el buen Jesús nos amenaza con los castigos eternos, que tantas veces hemos merecido por nuestras culpas, no lo hace para arrojarnos en la desesperación, que no es esto lo que Él quiere, sino á fin de corregirnos y salvarnos. Salen sus palabras de amenaza de un corazón de padre, que aun en medio de sus iras tiene presentes sus misericordias.

Entretanto que con la humildad simbolizada en el abono que ha de recibir la higuera de que nos habla el Evangelio, procuramos atraer las misericordias del Señor, y producir frutos de virtudes, acordémonos de estas palabras de los Cantares: "Subiré á la palma y cogeré sus frutos, y será para mí... el olor de tu boca como el de manzanas. La voz de tu garganta así me deleita como el más generoso vino„ (2).

Jesús: he ahí nuestro amor; he ahí nuestro encanto; sus palabras divinas derramarán la

(1) Luc., XIII, 6-9.
(2) VII, 8-9.

suavísima fragancia de que hablamos. Él fué circunspecto en el hablar, y su circunspección es el delicado fruto de virtud y gracia en que al presente tenemos que ocuparnos.

Vino Jesús á remediar nuestros males, y uno de éstos, en verdad terrible y de tristes consecuencias, consiste en la funesta libertad que tenemos en nuestras conversaciones y palabras. Sobre esto es muy notable la enseñanza de la divina Escritura. Oigamos lo que nos dice el Apóstol Santiago: "El que no tropieza en palabras, es varón perfecto, porque puede tener á raya todo el cuerpo.„ Si ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, movemos su cuerpo adonde quiera. Mirad también cómo las naves, aunque sean grandes, y las traigan y las lleven impetuosos vientos, con un pequeño timón se mueven adonde quisiere el piloto. Así también la lengua es un miembro pequeño, y viene á ser origen de grandes casos. Un poco de fuego abrasa una grande selva. La lengua también es un fuego, es un mundo entero de maldad. La lengua es uno de nuestros miembros que contamina todo el cuerpo, y siendo inflamada por el fuego infernal; inflama toda nuestra vida. Toda especie de bestias, aves, serpientes y otros animales se amansan, y han sido domados por el hombre; mas la lengua ningún hombre la puede domar; ella es un mal que no puede atajarse, y llena está de mortal veneno. Con la lengna bendecimos á Dios y maldecimos á los hombres que

fueron hechos á semejanza de Dios. De la misma boca proceden la bendición y la maldición. No conviene que esto sea así. "Por ventura, ¿una fuente arroja por el mismo conducto agua dulce y amarga? ¿Puede una higuera producir uvas ó la vid higos? Así la fuente salada no puede dar agua dulce„ (1). Que nuestra lengua, por lo mismo, bendiga á Dios y hable palabras llenas de santidad y de modestia, de sabiduría del cielo, de edificación y de virtud.

Debemos ser circunspectos en nuestras palabras; así nos lo enseña nuestro amadísimo Jesús con su ejemplo y su doctrina. Siendo niño de doce años, entró en el templo, y sentado en medio de los doctores, los escuchaba y preguntaba, y cuantos le veían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas, y cuando su Madre santísima le dijo: "¿Por qué lo has hecho así con nosotros? Tu padre y yo, llenos de aflicción te hemos andado buscando.„ Jesús les contestó: "¿Cómo es que me buscabais, no sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?„ (2). En Nazaret recibió un testimonio brillante de la sabiduría de sus palabras "todos le elogiaban—dice San Lucas—y estaban pasmados de las palabras tan llenas de gracia que salían de sus labios„ (3). Aun los judíos, que alguna vez le fueron á

(1) III, 2-12.
(2) Luc., II, 46-49.
(3) IV, 22.

aprehender, volvieron diciendo: "Jamás hombre alguno ha hablado como El.„ Mas sobre todo, donde resplandecen la circunspección, la gravedad y la modestia de las palabras de Jesús, es en su santísima Pasión. "¿Eres Tú el Rey de los Judíos?„—le preguntó Pilato. Jesús le contestó solamente: "Tú lo dices„ Y por más que le acusaban los Príncipes de los sacerdotes y los ancianos, nada contestó. "Pilato entonces le dijo: ¿No oyes de cuántas cosas te acusan? Mas Jesús á nada contestó„ (1).

He aquí la doctrina del Señor: "Quien á su hermano le llamare fatuo, será reo del fuego del infierno.—Os digo que de cualquiera palabra ociosa que hablaren los hombres, han de dar cuenta en el día del juicio. Por tus palabras habrás de ser justificado ó condenado„ (2). Doctrina tan delicada y sublime, nos advierte que para cumplirla, es indispensable "poner—según nos dice el Eclesiástico—puerta y candado en la boca, fundir el oro y la plata que tengamos, y hacer con ellos una balanza para pesar nuestras palabras y un freno para regirnos y moderarnos cuando hablemos„ (3). Antes de hablar, demos siquiera una mirada á nuestro buen Jesús, y recordando la santidad de sus palabras y la benignidad y la dulzura que revelaba en sus discursos y en sus conversaciones familiares, procuremos imitarle.

(1) Matth., XXVII, 11-14.
(2) Id., V, 22; XII, 36-37.
(3) XXVIII, 28-29.

La pureza y santidad incomparables de los pensamientos de Jesús, son también, cual precioso y regalado fruto de su Corazón dulcísimo, de ese árbol de vida de quien recibimos la eterna salud. El alma de Jesús contemplaba la esencia divina sin velo ninguno y se hallaba sumergida en el Océano de la luz eterna; y la grandeza de Dios, y su bondad dulcísima y amable, eran el objeto de sus pensamientos. Era necesario que Dios fuese conocido y adorado, que brillase con purísima gloria, la santidad de su Nombre, que fuese obedecida su santa voluntad, y esta voluntad quería que todos los hombres se salvasen. Tan elevados y santos pensamientos, producían en el alma de Jesús actos purísimos de amor divino, y en su santo Corazón ardía sin amortiguarse un sólo instante, el fuego de su caridad hacia los hombres; esto le había traído al mundo y quería consumirle en las llamas de su amor divino; quería inspirarle los deseos más vivos por los bienes del cielo, que frutos son también de vida eterna del Corazón de Jesucristo y que recibimos de la abundancia de su gracia ¿Queremos conocer con toda claridad que esto es así? Pues preguntémoslo á las funestas y degradantes pasiones que reinarían en nosotros sin la gracia de Jesús; ¿pudiéramos sin ella triunfar del pecado? Oigamos lo que acerca de esto nos dice el Apóstol: "La ley es espiritual; pero yo por mí soy carnal, vendido para ser esclavo del pecado. Yo mismo no apruebo lo que hago,

pues no hago el bien que amo, sino antes el mal que aborrezco es lo que hago. Mas por lo mismo que hago lo que no amo, reconozco la ley como buena, y en esto no tanto soy yo el que obra, cuanto el pecado que habita en mí. Bien conozco que nada bueno hay en mí, esto es, en mi carne; pues aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo cómo cumplirla... Veo otra ley en mis miembros que resiste á la de mi espíritu, y me sojuzga á la ley del pecado que está en los miembros de mi cuerpo. ¡Oh, qué hombre tan infeliz soy yo! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor„ (1).

He aquí nuestra miseria con todos sus horrores, y su degradación, triste y espantosa; mas he allí á Jesús con el poder soberano de su gracia, que se derrama de su Corazón dulcísimo, que es todo bondad y clemencia. Sin esa gracia nada podremos hacer, y sin tropiezo, por decirlo así, seguiríamos el camino del mal; hijos de ira por naturaleza, inclinados á la culpa y rodeados de peligros, ¿qué sería lo que pudiera detenernos, sin el auxilio poderoso de Jesús, en la senda de los crímenes? *Facilis descensus averni;* mas subir la pendiente por la que hemos descendido, no se comienza sin esfuerzo ni se concluye sin trabajo; y nosotros, bien lo sa-

(1) Rom., VII, 14-25.

bemos, no somos suficientes ni aun para pensar alguna cosa que nos eleve al Señor por nosotros mismos; nuestra suficiencia viene del Señor. Asimismo el deseo de los bienes celestiales no nos hará suspirar de amor y de ternura si Jesús no nos manda sus dulces miradas, que dan la vida é infunden el amor.

Todo lo podemos con Jesús: á pesar de las grandes miserias de que se ha lamentado el Apóstol, y después de haberse llamado un hombre infeliz, he aquí la elevación á que pudo levantarlo la gracia del Señor y la grandeza con que quiso ennoblecerlo: "Lo que antes me parecía una ventaja, después lo he reputado como pérdida, al poner los ojos en Jesucristo, y en verdad, todo lo tengo por pérdida comparado con el sublime conocimiento de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he perdido todas las cosas, y las miro como basura por ganar á Cristo... No pienso haber tocado al fin de mi carrera. Mi única mira es, olvidando las cosas de atrás y atendiendo sólo á las de adelante, correr hacia mi objeto, al blanco de mi carrera, para ganar el premio á que Dios llama desde lo alto por Jesucristo... Nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo„ (1). "¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será, por ventura, la tribulación, ó la angustia, ó el hambre, ó la desnudez, ó el riesgo, ó la persecución, ó el cuchillo? .. Estoy seguro que ni la muerte ni la vida...

(1) Philip., III, 7-20.

ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Jesucristo nuestro Señor„ (1).

Eran, en verdad, muy elevados los pensamientos del Apóstol, y sus deseos ardentísimos y santos; los primeros se referían al cumplimiento de su ministerio, y sus deseos eran el gozar de la vista de su Dios, de su amado Jesús. "El Espíritu Santo en todas las ciudades me asegura—decía San Pablo—que en Jerusalén me aguardan cadenas y tribulaciones; pero nada de esto temo, ni aprecio más mi vida que á mí mismo, siempre que de esta suerte concluya mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido de Jesús de predicar el Evangelio de la gracia de Dios„ (2). "Mi vivir es Cristo, y el morir es mi ganancia... Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo„ (3). Tal es el camino que nos ha enseñado el Apóstol, camino por donde nos lleva la gracia de Jesús.

Pensemos en Jesús y pongamos en Él nuestros deseos; y ¿por qué? Porque pensar en Él es consumada prudencia, y el que velare por su amor, bien presto se hallará en reposo. Él mismo va por todas partes buscando á los que son dignos de tener su amor, y por los caminos se les presenta con agrado, y en todas ocasiones y negocios le tienen consigo. Desear conocerle es

(1) Rom., VIII, 35-39.
(2) Act., XX, 23-24.
(3) Philip., I, 21-23.

principio de la sabiduría, procurar instruirse en la doctrina de Jesús es amar la sabiduría, amarla es guardar sus leyes, y en guardar éstas consiste la perfecta pureza que nos une con Dios: por esto el deseo de la sabiduría conduce al Reino eterno (3).

Pensemos en nuestro amadísimo Jesús, pues al hacerlo así nos elevaremos á una altura digna de nosotros mismos; la grandeza de Dios, su santidad infinita y su bondad dulcísima y amable, derramando torrentes de luz en nuestras almas, nos harán conocer cuán miserable es el mundo, y que nosotros no hemos nacido para arrastrar sus cadenas. Que Dios es el Señor á quien debemos servir, y que servirle es nuestra gloria.

Pensar en Jesucristo: he aquí una felicidad que el mundo no conoce. Es Jesús Sabiduría del Padre, su eterna Palabra, su Hijo Unigénito y el resplandor de su gloria, y tiene para con nosotros un amor que excede todo conocimiento, amor generosísimo que nos ha revelado su sinceridad y su grandeza, bajando del cielo, haciéndose nuestro hermano, tomando sobre sí nuestros pecados y muriendo entre humillaciones y dolores, á fin de darnos la salud eterna. ¿Á quién debemos lo que á Él? Y ¿el mundo hará por nosotros lo que el buen Jesús? Y ¿qué son los bienes del mundo, sino miseria y triste vanidad? Los que Jesús nos ha concedido son eter-

(3) Sap., VI, 16-21. Paráfr.

nos; allí está la vida que jamás se ha de extinguir, la vista de Dios, que colmará nuestros deseos, pues Él mismo será nuestro premio.

Todo lo hemos de alcanzar por medio de Jesús; de esta suerte el pensamiento excita en nosotros los más vivos y ardientes deseos del amor de Jesucristo; su grandeza infinita, su hermosura, que arrebata y encanta, su bondad, tan tierna y compasiva para con nosotros, lo que ha hecho por salvarnos, su amor, en fin, tan puro, tan santo y amable, benignísimo y lleno de misericordia. ¡Oh!... Todo esto nos hace suspirar por Él, deseando vivamente arrojarnos á sus pies divinos y decirle con la Esposa: "Desfallezco de amor.„ Él es la vida, la luz, el encanto y las delicias de nuestra alma; mas si estamos lejos de Jesús, he allí las tinieblas, la miseria con todos sus horrores, la muerte y, en fin, la eterna desventura.

Cuando algunos discípulos se separaron de Jesús porque no creían en Él y se les hacía muy dura su doctrina, su Majestad dijo á los Apóstoles: "¿También vosotros queréis retiraros?„ (1) Que nunca nos dirija esta pregunta el buen Jesús, porque Él es el único amor de nuestras almas y toda nuestra dicha. ¡Ay, que al solo pensar en esa funestísima desgracia, se llena el corazón de espanto y hemos acercado á nuestros labios el cáliz más amargo! "¿Por qué no morí—decía el Santo Job—en las entrañas

(1) Joann., VI, 68.

de mi madre? Ó habiendo nacido, ¿por qué no perecí al instante? ¿Para qué me acogieron en el regazo?... ¿Por qué razón fué concedida la luz á un desdichado y la vida á los que tienen que pasarla en la amargura?„ (1) Y no hay amargura comparable á la que embriaga el alma que está separada de Jesús, ni desdicha semejante á la que aleja de nosotros la fuente de la vida, la luz de la verdad y los encantos y delicias del eterno amor.

¿Á quién iremos, ¡oh buen Jesús!, cuando Vos tenéis palabras de vida eterna y nosotros creemos en Vos, que sois la eterna verdad, y Vos sois nuestra esperanza y el amor de nuestras almas? ¿Para qué entonces la vida?

Los pensamientos y deseos de que hablamos, despiertan en nosotros la solicitud más viva por adquirir las virtudes, y este es, asimismo, un precioso fruto del árbol de la vida. Si deseamos el amor de Jesucristo, pensaremos en los medios de adquirirlo y de hacernos agradables á los ojos del Señor, y desde luego déjanse ver las virtudes con todos sus encantos, llenas de amabilidad y de dulzura y resplandecientes de belleza; aquí están la mansedumbre y la humildad, y allí Jesús que nos dice: "Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón„ (2). Allí la paciencia, y allí también Jesús que á ella nos exhorta con estas palabras: "Me-

(1) III, 11-12, 20.
(2) Matth., XI, 29.

diante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas„ (1). La pureza también se nos presenta y nos recuerda la adorable santidad de Jesucristo y su santísima doctrina. Cuando sus discípulos le vieron con la Samaritana, extrañaban que hablase con ella; mas no obstante nadie le dijo: "¿Qué preguntas ó qué hablas con esa mujer?„ (2)

El que era la flor del campo y la azucena de los valles, en su santísima doctrina nos enseñó el camino de toda pureza. No se contentó con prohibir los desórdenes exteriores, sino que nos exige la santidad del corazón, condenando los deseos contrarios á la pureza, y añadiendo estas palabras: "Si tu ojo derecho es para ti ocasión de pecar, sácale y arrójale fuera de ti; pues mejor te está perder uno de tus miembros, que el ser arrojado todo tu cuerpo al infierno; y si es tu mano derecha la que te sirve de escándalo, córtala y tírala lejos de ti; pues mejor te está que perezca uno de tus miembros, que no el que vaya todo tu cuerpo al infierno. Hay algunos—dijo también el Salvador—que se consagran á la más perfecta de toda pureza por el Reino de los cielos„ (3). "Bienaventurados, pues, los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.„

Jesús, que tomó carne en el seno de la in-

(1) Luc., XXI, 19.
(2) Joann., IV, 27.
(3) Matth., V, 28-30; XIX, 12.